

CON EL CORAZÓN DERRETIDO

Gloria Lucía Sierra A.

Desde la mitad del siglo XVII, la locura ha estado ligada a la tierra de los internados, y, al además que indicaba que era aquel su sitio natural.

Michel Foucault

Laura llega a la institución¹ por orden de un juez, tras haber herido de muerte a un compañero de su padre. La niña se había vuelto muy agresiva desde que empezó a consumir droga con los amigos del barrio. La madre se fue de la casa y el padre no sabía qué hacer con el problema.

Después del fatídico hecho que puso a la niña en manos de la justicia, en el hospital psiquiátrico

¹ Corporación Ser Especial Programa Uno por Uno

se determinó que Laura era psicótica. Ante la indefensión que el padre revelaba frente a los actos de su hija, el diagnóstico médico y la orden judicial, el Estado emitió una resolución señalando a la joven como una menor en peligro que requería de un servicio de internamiento.

Acompañada de su historia, un profundo malestar y una incisiva mirada, Laura ingresó desafiante a la “casa de locos” donde viviría por más de cinco años.

Pasados dos días, desde su llegada, la joven instaló las condiciones de lo que sería su vínculo con la institución. En el examen de ingreso, al ser obscultada en los ojos, Laura agrede con un bistrú al médico que la evaluaba acusándolo de haber parpadeado. Con palabras soeces y gestos que delataban una sentida molestia, la joven reclamaba que se le mirara fijamente. La consistencia de la mirada de quien tuviera al frente, al parecer detenía algo de la angustia que la amenazaba y desbordaba.

De este detalle, se extrajeron como hipótesis planteamientos que posteriormente condujeron la intervención clínica. Haciendo uso de lo aprendido, instalamos el dispositivo de atención para la joven, para ver luego con satisfacción, cómo Laura en poco tiempo se integraba a las actividades institucionales.

Laura era inteligente y se expresaba con palabras

muy bien escogidas; sin embargo, su discurso se observada en ciertos momentos desordenado y sinsentido.

Esas incoherencias eran temporales, puesto que en la mayor parte del tiempo, la joven relataba elaboradas historias en las que ella protagonizaba los más importantes papeles. De poseer poderes mágicos superiores, pasaba a ser una discreta satánica, de la que pocos conocían su verdadero pasado.

En estas construcciones, ella siempre se mantenía en un lugar de excepción. Decía ser, por ejemplo “la única burguesa en esa casa de locos”. Este lugar sostenido en su fabulación, le preservaba de una invasión que le venía de los otros y de la cual la joven no lograba defenderse. Esto podía observarse además en las ideas persecutorias que se hacían insoportables en los momentos en que la joven no estaba resguardada en sus delirios. Siendo dueña de grandes poderes y separada de ese mundo loco, en el que había terminado viviendo, Laura podría resistir los ataques que le venían de afuera y que provocaban toda su agresividad.

Esá era la función de sus historias, pero el problema radicaba en que estas invenciones de la joven no lograban sostenerse, no tomaban consistencia, y al caer precipitaban la invasión de angustia y su consecuente crisis.

Si bien las recaídas eran frecuentes, el trabajo clínico

le permitía a Laura hacerse a recursos cada vez mayores, para convivir con sus pares, y reducir casi totalmente la medicación que había consumido por largo tiempo.

Por esos días se anunció que la institución sería trasladada a otro municipio. Esto implicaba, además, un cambio de psicoanalista para los pacientes atendidos en el programa.

A pesar de que se tomaron las medidas de precaución necesarias, Laura no logró adaptarse a las nuevas condiciones. Las ideas persecutorias se incrementaron y “el mundo creado”, en el que la joven se mantenía intacta, empezó a desaparecer poco a poco. La crisis sobrevino y fue el cuerpo de la joven el escenario donde la psicosis hizo eclosión.

Laura, muy angustiada, suplicaba que la separaran de Carlos su compañero, puesto que éste le estaba robando su intestino. Decía que por eso era que estaba tan flaca, que sus dientes y su cabello se caían, y que no soportaba más sus abusos. Al mirarse al espejo, la joven protestaba y señalaba una imagen en la que se veía mueca y calva. La desesperación con que la joven vivía esta fragmentación en su cuerpo, se hacía más patética aún, cuando desde afuera todos en la institución, reconocíamos en ese ser desconsolado, a una joven rozagante y bonita.

Pero no sólo su compañero la amenazaba. Lo persecutor empezó a extenderse a todo lo que la rodeaba: “Es que aquí le quieren quebrar a uno los

huesos”, afirmaba con evidente dolor.

El padecimiento en el cuerpo dio paso a otras manifestaciones de la angustia que daban cuenta de una invasión cada vez más generalizada. En cierto momento la joven empezó a cuestionar su supervivencia; “Carlos me está robando las cartas de la existencia y de la amistad, que yo tengo en el inconsciente; entonces, ¿cómo creen ustedes que voy a poder vivir?” y concluía: “Estos mongolitos, parecen unos lobos, en el pensamiento de uno”, “son unos perversos”.

La condición de la joven preocupaba al equipo clínico, que no cesaba de idear estrategias para contener el desorden imaginario que desmembraba el cuerpo de Laura. Los fenómenos que presentaba la joven ilustraban bien lo difícil que es tratar una psicosis en ciertos casos.

Recordemos que en la psicosis, lo que sucede es que el sujeto no cuenta con herramientas suficientes para asimilar ciertos encuentros con la realidad. Ante esta imposibilidad responde con ideas delirantes en el caso de la paranoia; con la separación radical en el caso del autismo; y con la fragmentación en el cuerpo en el caso de la esquizofrenia².

² Este es un planteamiento muy breve y general de la clasificación diagnóstica, que se hace sólo a modo de referencia para favorecer la comprensión del caso.

Lo que sucedía con Laura, era que de ninguna manera había logrado construir recursos propios, que le permitieran responder a la realidad sin vivirla de manera tan mortífera.

Partiendo de dos elementos extraídos del análisis del caso, se construyó colectivamente una nueva estrategia para poner a prueba, en el objetivo de contener la invasión de la que era presa la joven por esos días.

Uno de los elementos se soportaba en el valor que le daba la joven a la mirada como referente de la consistencia. Así, ella hacía equivaler la consistencia de la mirada con la consistencia del deseo.

El otro elemento se soportaba en el fenómeno que en el momento denunciaba una desmembración del cuerpo, que requería ser unificada.

A partir de los elementos anteriores se construyó una dirección para el tratamiento que pretendía amarrar ese cuerpo fragmentado, valiéndonos del efecto que en la joven producía la consistencia de la mirada.

Lo que hacemos en la Corporación en estos casos, es que una vez discutida y aprobada la estrategia, la divulgamos y ponemos en operación con todo el equipo institucional, a saber: auxiliares, educadores, trabajadores sociales y psicoanalistas. Esta intervención colectiva es conocida en la clínica psicoanalítica como práctica entre varios.

Se inició, entonces, el trabajo con la participación concertada tal como se había planeado, esperando que en respuesta obtuviéramos la pacificación que la joven requería. Pero los resultados no se evidenciaban realmente, la invasión seguía presente y desbordante a pesar de nuestros esfuerzos.

Laura en su desespero, empezó a dirigir su queja a la directora de la Corporación, quien a su vez era analista del equipo clínico. En esta elección la joven detectaba de un lado el deseo y del otro la consistencia que ella requería en el otro para hacerle frente a su angustia. Es decir, en esa persona la joven ubicaba una mirada que le daba consistencia. Se inició entonces una intervención clínica paralela a la estrategia colectiva pero dirigida por los mismos objetivos.

Laura empezó señalando en la analista, su figura. Decía “Usted sí es bonita, mire no está tan flaca como yo, tal vez sea por la ropa, usted sí se viste bien”.

A partir de esto, el trabajo se empieza a realizar en un vestier donde, frente a un espejo, la analista le propone a la joven intercambiar prendas, para verificar qué cambio se produce en su apariencia. Laura accedía algo sorprendida. Entre risas y gestos de timidez entrega su camisa y se pone la de la analista. Al mirarse al espejo su rostro recobra un gesto dejado atrás hace meses, desde que la angustia la había ensombrecido. Laura sonrío y dice: “Ahora sí me veo bonita. ¿Sí ve que era la ropa?, yo ya se

lo había dicho.”

El intercambio de prendas, es la actividad que conduce el transcurrir de muchas de las sesiones siguientes. Mientras ello ocurría, la vida de Laura parecía cambiar. Se le veía contenta, muy preocupada por su apariencia, integrada a la cotidianidad institucional, pero más allá de todo esto, tranquila. Sus palabras ya no hablaban del robo de sus órganos, ni de las persecuciones de las que era víctima. En lugar de dicha queja lo que la joven empezó a nombrar, fue algo que en el trabajo clínico tenía gran valor. Decía: “Estoy viendo mi cuerpo como deformado.”

El que Laura diera cuenta de un cuerpo deformado, indicaba que ya existía algo que lo amarraba. Que aunque deformado, como ella lo nombraba, ya era un cuerpo unido, que venía en el lugar de ese anterior, que sólo podía ser referido en sus fragmentos.

La respuesta de la analista, entonces, tenía que confirmarle dicha deformación. Es decir, había que aprovechar eso, que la joven pudo citar en el cuerpo como característica, para afianzar la consistencia corporal.

Del trabajo con la ropa, se pasó al del maquillaje. Allí Laura desplegó toda su iniciativa. Empezó a reconocerse como Laura “la bella” y se dedicó además, a maquillar a todas sus compañeras.

Al poco tiempo en un rinconcito del aula pedagógica, puso un aviso grande y decorado, con el que fundó su propia sala de belleza. En ella atendía no sólo a las niñas de la institución, sino también a las empleadas. Cobraba y guardaba su dinero para comprar dulces y cigarrillos. No se interesaba en adquirir ropa; con la única que se veía bonita, era con la que intercambiaba con la analista.

Todo parecía ir bien en la dirección clínica. El equipo resaltaba la mejoría de la joven. Su vínculo social se había beneficiado considerablemente y, sobre todo, se observaba una importantísima reducción de su angustia. Sin embargo, una inquietud nos interrogaba permanentemente. ¿Esta vez la estabilidad conquistada por la joven, adquiriría verdadera solidez?

El tiempo desafortunadamente nos mostró lo contrario. La imagen que la joven había adquirido a través de hacer uso de la analista como espejo, sólo se sostenía por un tiempo. El efecto del trabajo no alcanzaba a hacerse consistente y Laura no conseguía construir una historia en la que ella pudiera vivir sin ser amenazada.

Poco a poco fue dejando su actividad de maquilladora, y descuidando su aspecto personal. El cuerpo ya no volvió a ser vivido en la fragmentación, pero la angustia regresó con fuerza por otra vía.

Laura no se hallaba en la institución, empezó pidiendo

que la dejaran salir a caminar un rato por fuera, luego solicitó irse por un día o un fin de semana a otro lugar y terminó enunciando una demanda decidida que clamaba por su egreso definitivo.

La institución se le había convertido en un conglomerado de amenazas, que contenía toda la angustia que antes fracturaba su cuerpo.

Constantemente reclamaba a su padre y a su madre, exigía hablar con su defensora y argumentaba razones desesperadas para que se le devolviera su libertad. Decía tener muchos proyectos y estar decidida a trabajar cerca de su familia. Se oponía a ser tratada en el dispositivo clínico y profería sin tregua, insultos contra quienes impedían su salida.

La demanda por la autorización para su egreso fue dirigida por la joven de manera puntual a la directora de la Corporación, no sólo por su condición como tal, sino porque, como podemos recordar, fue ella la que adelantó con la joven el trabajo que la estabilizó por unos meses. En este punto podemos observar cómo el vínculo que en un principio produjo un efecto benéfico, se convertía en exactamente lo contrario en el transcurso de un corto tiempo.

Laura empezó a construir un delirio persecutor, localizado en la directora. “Usted es la que no me deja ir, ya me lo contaron. Por favor déjeme salir, yo necesito a mi papá”. Ante las explicaciones que se le ofrecían respecto al trámite legal que exigía su

egreso y sobre la imposibilidad que encontrábamos de ubicar a su padre, ella respondía con otra “invención”: “Nada de eso es cierto, usted tiene amenazado a todo el mundo para que no me deje ir, usted lo que quiere es que aquí me maten”. Ninguna intervención era productiva, la angustia aumentaba y contener a Laura dentro del programa resultaba casi imposible.

Su proceso en la institución estaba tocando el límite. Después de cinco años de internamiento, la joven suplicaba por un retorno a casa que le permitiera el reencuentro con su padre, al que nunca había dejado de reclamar.

Podríamos preguntarnos, a partir de lo anterior, por la efectividad de un dispositivo que termina produciendo un egreso como el de este caso. En este punto parece válida una pregunta. Y entonces ¿qué fue lo que hizo en la institución esta muchacha durante cinco años? La respuesta para esta cuestión es bastante sencilla: vivió.

Sí, vivió, porque cuando la recibimos, estaba tan medicada que sólo conseguía reunir fuerzas, para responder con agresiones a cualquier contacto que se hiciera con ella.

Vivió, porque intentó hacerse a un nombre que le diera un lugar en su pequeña comunidad, porque hizo amigos, tuvo parejas, aprendió a trabajar y a obtener dinero por sí misma.

Vivió, porque caminaba por el campo, disfrutaba de su cigarrillo en silencio, peleaba y defendía sus derechos y conseguía ser escuchada.

Vivió, porque en cinco años pudo experimentar la alegría y la decepción, el llanto, el encuentro, la rabia, la angustia, pero también la pacificación y todo ello sin drogas, ni de las que usaba con sus amigos cuando era apenas una niña, ni de las que le mandaba el psiquiatra cuando estaba internada en el hospital.

La locura o la psicosis, para decirlo técnicamente, es incurable; no tiene marcha atrás. Con ella sólo podemos pretender conseguir estabilizaciones temporales de mayor o menor consistencia.

La historia de la humanidad señala, casi en el estatuto del horror, la manera como ha sido tratada la locura en las diferentes épocas.

Estos seres que nada producen y que parecen habitar otro mundo sin orden, han sido segregados de distintas maneras por las diferentes culturas. En la actualidad la problemática es asumida por la ciencia, que opera a través de la medicación psiquiátrica, silenciando todos sus síntomas.

Esto nos demuestra que de la locura, no se quiere saber nada. Sólo se quiere evitar, acallar a como de lugar, aunque ello implique el uso indiscriminado de

fármacos y camisas de fuerza.

Por ello, es que nosotros podemos afirmar que Laura en cinco años lo que hizo en la institución fue vivir. Su tratamiento estuvo por fuera de esa lógica que pone al sujeto psicótico en el único lugar de la asistencia, sin espacio para su palabra, sin respeto y sin dignidad.

A Laura se le escuchó en un dispositivo clínico que admitía su particularidad y reconocía su angustia. Ella no fue estigmatizada por su diagnóstico, ni por su remisión judicial, fue en cambio acogida en su singularidad y acompañada en su trabajo.

En una última reunión del equipo interdisciplinario, se decidió apoyar a la joven en su deseo de retornar a casa. Iniciamos en consecuencia, todas los trámites necesarios para ubicar al padre y lograrlo comprometer en el proceso de reintegro familiar. Sin embargo, mientras esto avanzaba, la ansiedad de Laura crecía y la amenaza de un cierre forzado en el caso, se hacía inminente.

El episodio que precedió a la salida definitiva de Laura fue bastante complejo. En medio de la cotidianidad institucional, la analista directora, que atendía en ese momento a otra paciente, recibió del cuerpo furioso de la joven una descarga que expresaba en sus golpes, lo que en otro momento había logrado enunciar en palabras. “Me están derritiendo el corazón en mil pedazos”. Ese fue su último acto.

Días después vino su padre y Laura se fue de su brazo dejando atrás, tranquila y esperanzada, los últimos cinco años de su vida.

Alguna vez había afirmado en consulta “Uno siempre hace lo que necesita.”